

los materiales que se recogen en el balcón; el efecto polar, de cinematógrafo..., son las apariencias. Las realidades son el trabajo suspendido, el hogar apagado, el temblor de las carnes azotadas por el frío riguroso, la insuficiencia de la ropa, la carestía del carbón y la leña, la interrupción de las indispensables comunicaciones, el humilde calzado, los pobres harapos destruidos por el encharcamiento del piso, y como contingencia doblemente cruel, el resbalón en los registros de metal del empedrado, la conducción a la Casa de Socorro, la fractura del hueso, la curación interminable, el gasto que echa a pique a una familia modesta... A este precio vemos descender suavemente los polvos de arroz que hacen a Madrid un tocado de baile de cabezas, el *poudre* digno de un minuetto de Versalles, Triánón y los *petits appartements*.

* *

Estas temperaturas obligan a hacer calceta para los desabrigoados. Las manos que manejan el gancho de marfil ó concha, enmallando la tosca lana para fabricar capillitos, gorras, abrigos, fajas y zapatos destinados a las criaturas a quienes el frío amorata y engurrumina, son las manos delicadas, preciosas, de las señoritas aristocráticas, que se reúnen en talleres bajo la advocación de algún santo ó santa, de alguna Virgen, emblema de la compasión, y piensan en «vestir al desnudo». Son gentiles obras de caridad, que seguramente no bastan para remediar tanta desdicha como se ve por el mundo, pero la atenúan y mitigan.

Querer remediarlo todo... sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades, a que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino.

Todos los años se presenta, en las ciudades populosas, el caso atroz de la muerte por inanición; el hombre que aparece tieso, agarrotado, escuálido, demacrado, sin otra enfermedad que la falta de un bocado de pan, un vaso de vino y unas ascuas... Y nos conmovemos, y lo deploramos, y se escriben sueltos y artículos, y se abren asilos para la noche, y se piensa en ranchos hirvientes y en mantas y colchonetes, y a los ocho ó diez días se olvida el suceso, una gaceta más, entre las varias que solicitan la curiosidad ó el interés de un minuto. No es endurecimiento de entrañas; no es maldad social. La gente no es tan indiferente como se dice: la gente desea hacer bien, ó por lo menos algún bien. Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre.

* *

Transcurren unas horas y comenzamos a mirar la nevada por su aspecto práctico, positivo; por lo que afecta a las necesidades é imposiciones de la existencia cotidiana. Es preciso salir, ir aquí, acullá, abandonar el rincón al lado de la chimenea, el tibio ambiente de la cerrada habitación, la mesita donde se juega al *bridge* y se bebe ponche caliente, la casa confortable, la ventana por entre cuyas cortinas miramos el pausado, dulce, leve caer de los copos. Hay que resolverse a arrostrar la intemperie, el peligro de las caídas; si á pie, el riesgo de romperse una pierna ó un brazo; si en coche, el de perder un tronco. Y entonces, lo bonito y poético de la nevada empieza á parecerse feo y triste. Quizás minutos antes sonreíamos viendo al través de los cristales los resbalones de los transeúntes; quizás tomabais á diversión el que una vieja se cayese de plano, sin hacerse mal, y el cesto que llevaba al brazo, y que encerraba una botella de *morapio*, soltase el contenido de la botella, en roja sábana, sobre la candidez de la nieve ya de una cuarta de altura... La vieja, llorosa, colérica, renegando, ha recogido su canasta y ha mirado con profunda pena los cascotes de la botella rota. Ese vino era acaso el goce, el confort del hijo, del yerno, del nieto artesano; ó tal vez fuese la centella de calor que discurriría por las venas de la anciana, en días tan helados, en que se cuaja la sangre de los pobres.—Lo habéis echado á broma, como otros percances cómicos de la nevada... Ahora que os veis obligados á salir, es cuando notáis que la nieve, también la nieve, castiga á la humanidad.

* *

Las alegrías de la nieve; las estatuas efímeras que dan por un momento, á los más profanos, la ilusión capciosa de la creación artística; el helado hecho con

en esta península, de venganzas y muertes por celos? ¿No estaremos bien hartos de leer uno y otro día, en los periódicos, espeluznantes relaciones de tal género, ajustadas á cualquiera de los tres tipos preferidos: el amante que mata á la amada, el amante que mata al rival, el amante que mata á la amada ó al rival y se suicida sin pérdida de tiempo? Y siendo así, ¿qué nos puede decir de nuevo el multimillonario Thaw despachando el billete para el otro mundo á su ex rival White? Es un brote más de esa negra flor de los celos, que envenena y corrompe ella sola, con sus emanaciones, el vasto y delicioso jardín de amor. Son los celos del pasado los más incurables, porque sólo Dios, con su poder, que concebimos infinito, obtendría que lo que ha sucedido no haya sucedido; y no sabemos que tal milagro lo realizase nunca Dios.

Pero si la venganza y el desquite de Thaw se los toma un gachó de los de marca en las Ventas ó en los Cuatro Caminos; si el matador es un albañil y la víctima un carpintero de armar..., dos renglones dedicarían, á lo sumo, los periódicos al *sensacional* caso.

Se le llama *sensacional* porque á los que en él figuran les rodeaba esa aureola del lujo y la felicidad material que proporciona una excesiva riqueza, la cual parece excluir toda preocupación que no sea la de la salud, lo único que no siempre puede comprarse..., y digo *no siempre*, porque á veces también se compra.—El muerto rodeaba sus caprichos y antojos de libertino de una decoración fantástica de espejos, mobiliario fastuoso y refinamientos orientales; el matador podía apalearse los millones que en sus manos de degenerado—los médicos lo declaran tal—eran un juguete puesto al servicio de la pasión... Y esta opulencia es lo que hace impresionante el vulgar suceso.

* *

Hay, en el espíritu de las gentes, esta idea invencible: un millonario no debe en ningún caso ser asesino.

En efecto, como dijo el aragonés á quien le preguntaron si se mareaba: «¿Yo? ¿Pa qué?» *¿Pa qué*, en efecto, va á asesinar el que tiene resuelto en tan estupendos términos el problema?

Todos estos asesinos de las bajas clases, al descargar el puñal, obedecen, aunque no se den cuenta de ello, á cierto rencor que le guardan á su perra suerte. Cansados de pasar apuros, de sudar y bregar para mal llevar la vida, un día se levantan de peor humor y con la bilis revuelta, y al parecer que matan á su novia ó á su amiga, lo que hacen es suicidarse indirectamente; cambian de postura en el incómodo lecho donde duermen la pesadilla del existir. ¡Pero un multimillonario! ¡Un hombre á quien su oro entrega el planeta; á quien le es tan fácil marcharse del sitio donde sufre, irse á otro donde ni las personas ni los objetos le recuerden en lo más mínimo lo que le desgarró el corazón!

Y se nos ocurre que Thaw no merece ser rico. No es digno de esa fuerza que no supo aprovechar. Y el castigo de Thaw no debiera ser la electrocución, ni ninguno de los variados sistemas de ajusticiamiento conocidos y empleados en el orbe, sino sencillamente la privación de la riqueza. Thaw debiera ser condenado á *trabajar*. Sus millones, á crear escuelas, asilos, bibliotecas; y él, á cumplir el precepto del Génesis... Para tan ahincado celoso tendría este castigo una ventaja: la de que podría cerciorarse así, plenamente, de si su Evelyn le ama de veras, y es capaz, por él, de renunciar á la opulencia y á las satisfacciones del dinero...

* *

¿Qué de cosas presenciáramos si cupiese hacer tal prueba con los amores! En vez de la comedia «Muérete y verás», Bretón debió escribir otra: «Arruinate y verás.» La experiencia sería sobre carne viva, sobre humanidad sangrante y palpitante. Thaw fué un necio en no probar así á su esposa. Si el afecto de la bella resistía á tan amarga decepción, bien podía decirse que era afecto verdadero y de la entraña. Y siéndolo, ¿qué podía importarle el pasado y sus incurables nostalgias? La verdad de un cariño á prueba de pobreza sería tan alta, tan noble, tan hermosa, que su resplandor excluiría toda sombra y todo tormento de recuerdo...

De estos cariños nos hay, pero son, como dijo el gran Suleimán el poeta, «preciosos, raros y de tierras lejanas.»

EMILIA PARDO BAZÁN.